HUMANITAS HODIE

2024 | Vol. 7, n°. 2 | Recibido: 6 de abril de 2025 | Aprobado: 21 de julio de 2025
DOI: 10.28970/ hh.2024.2.a5

CC BY NC ND

Patrimonio cultural y vivienda: una propuesta desde los estudios sociales de la memoria*

Cultural Heritage and Housing: An Approach from the Social Studies of Memory

Héctor Ricardo Vargas Sánchez**

Resumen

Este artículo analiza teóricamente el papel de las viviendas en Bogotá como bienes de interés cultural (BIC) y su conexión con la memoria social en contextos urbanos neoliberales. Mediante un análisis crítico interdisciplinar, se examina cómo las dinámicas arquitectónicas, migratorias y socioeconómicas reconfiguran la relación entre espacio residencial, identidad colectiva y preservación patrimonial. Se argumenta que las viviendas operan como nodos de memoria que materializan tensiones históricas, estratificación social y procesos de gentrificación. El marco teórico integra perspectivas de sociología urbana, estudios de memoria y teoría crítica del patrimonio, proponiendo una redefinición del BIC que priorice la diversidad cultural frente a la homogeneización neoliberal.

Palabras clave: patrimonio cultural, memoria social, viviendas bogotanas, gentrificación, neoliberalismo urbano, patrimonio crítico

Abstract

This article theoretically analyzes the role of housing in Bogota as cultural assets of interest (BIC) and their connection to social memory in neoliberal urban contexts. Through a critical interdisciplinary analysis, it examines how architectural, migratory, and socioeconomic dynamics reconfigure the relationship between residential space, collective identity, and heritage preservation. It argues that housing operates as nodes of memory that materialize historical tensions, social stratification, and gentrification processes. The theoretical framework integrates perspectives from urban sociology, memory studies, and critical heritage theory, proposing a redefinition of BIC that prioritizes cultural diversity over neoliberal homogenization.

Keywords: cultural heritage, social memory, Bogota housing, gentrification, urban neoliberalism, critical heritage

* Este artículo hace parte de la tesis doctoral Cajas de fósforos: un recorrido por las viviendas de las memorias de las familias que la habitan, desarrollada en el marco del Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, en la línea de memoria, experiencia y creencia.

** Antropólogo, magíster en Estudios de Familia y doctorando en Estudios Sociales en la Universidad Francisco José de Caldas. Investigador del Instituto Colombiano de Antropología e Historia y el Museo Nacional de Colombia. Correo electrónico: hrvargas6@gmail.com

Introducción

Bogotá, como entramado urbano en transformación constante, enfrenta una tensión central entre la preservación de su patrimonio cultural y las demandas de un modelo urbano neoliberal que prioriza rentabilidad sobre identidad. En este contexto, las viviendas emergen como espacios clave para comprender cómo la memoria colectiva se articula, fragmenta o resignifica. Este artículo se centra en la pregunta: ¿Cómo las viviendas bogotanas, en su calidad de BIC, encarnan y transmiten memorias sociales en entornos marcados por la privatización del espacio y la desigualdad estructural?

Partiendo de la premisa de que el patrimonio es un proceso dinámico de negociación entre pasado y presente (Harvey, 1985), se adopta un enfoque teórico con tres ejes analíticos:

- El patrimonio cultural como práctica social, superando visiones monumentalistas (Nora, 2008).
- El impacto del neoliberalismo urbano y la gentrificación en la organización citadina (Smith, 2006).
- La fragmentación de narrativas patrimoniales por desigualdades socioeconómicas (Han, 2012).

Metodología

Este estudio adopta una metodología de análisis documental crítico-interpretativo (Krippendorff, 2018), examinando fuentes académicas, normativas urbanas y estudios de caso emblemáticos. Se triangulan perspectivas interdisciplinares como la sociología urbana (Harvey, 1985), los estudios de memoria (Nora, 2008) y la teoría decolonial (Quijano, 2000) para deconstruir narrativas hegemónicas y visibilizar prácticas cotidianas omitidas. El análisis se estructura en tres fases:

- Deconstrucción de discursos oficiales.
- Identificación de resistencias comunitarias.
- Propuestas de redefinición del BIC desde la perspectiva de la justicia espacial (Soja, 2011).

Marco teórico: patrimonio, memoria y poder

La concepción tradicional del patrimonio cultural, anclada en la monumentalidad y excepcionalidad histórica, ha sido criticada por excluir espacios cotidianos. Autores como Huyssen (2002) argumentan

que la memoria social reside no solo en hitos arquitectónicos, sino en lugares ordinarios de prácticas diarias. En Bogotá, esta tensión se manifiesta en la dicotomía entre casas coloniales de La Candelaria (elevadas a BIC por valor estético) y viviendas autoconstruidas en periferias, ignoradas pese a su papel identitario (Silva, 2007).

La teoría crítica del patrimonio (Byrne, 2008) propone descolonizar el concepto, reconociendo que narrativas oficiales reflejan intereses hegemónicos. Por ejemplo, las declaratorias de BIC en Bogotá priorizan edificios asociados a élites criollas, omitiendo arquitecturas populares que encarnan luchas migrantes (Fajardo, 2002).

Las viviendas operan como archivos vivientes (Bahntje *et al.*, 2007) que almacenan memorias mediante materialidades y usos. En Bogotá, las casas republicanas del siglo XIX reflejan ideales de familia nuclear y jerarquías coloniales, mientras los barrios informales exhiben arquitecturas improvisadas que materializan memorias de desplazamiento y resiliencia (Gutiérrez, 2008).

La teoría de los lugares de memoria (Nora, 2008) resulta útil para analizar esta dinámica, dado que, si los monumentos son sitios conmemorativos estáticos, las viviendas son entornos de memoria donde el pasado se reactiva en prácticas cotidianas. Frente a esta postura, autores como Lowenthal (2015) advierten que ampliar indiscriminadamente el concepto de patrimonio podría diluir su valor histórico excepcional. Sin embargo, Byrne (2008) señala que este riesgo se mitiga al priorizar procesos sociales sobre objetos estáticos y evitar jerarquías elitistas. En Bogotá, mientras el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC) defiende la conservación de hitos coloniales por su autenticidad material, colectivos como Herencia Comunitaria evidencian que esa visión excluye arquitecturas populares con memoria viva (Rappaport, 2020).

No obstante, esta capacidad se ve amenazada por dinámicas como la gentrificación, que convierte casas históricas en mercancías turísticas vaciadas de contenido social (Janoschka & Sequera, 2016). Las viviendas son entonces escenarios de conflictos históricos. Por ejemplo, las casonas del centro de Bogotá, hoy convertidas en restaurantes, hostales, oficinas estatales, sedes de universidades, Airbnb, espacios con multifuncionalidad comercial y turística (exceptuando el uso como vivienda), fueron testigos de luchas políticas durante la violencia bipartidista (1948-1958). Su transformación en espacios de consumo borra estas memorias, privilegiando una narrativa edulcorada del pasado (Rodríguez, 2004). En paralelo, las invasiones de terrenos en la periferia, aunque estigmatizadas, representan formas de resistencia ante la exclusión urbana (Davis, 2006).

Bogotá: la dicotomía monumental-cotidiano

Los barrios periféricos (Ciudad Bolívar, Altos de la Florida, Usme) constituyen entramados urbanos que narran historias de resistencia y adaptación. Surgidos de migraciones masivas por el conflicto armado, estos asentamientos se consolidaron mediante dinámicas de autoconstrucción en terrenos baldíos. Su arquitectura flexible, con materiales reciclados, refleja economías de subsistencia y adaptación ante ausencia estatal (Vargas Sánchez *et al.*, 2020).

Pese a su relevancia, estos barrios son excluidos de narrativas oficiales mediante etiquetas de estigmatización (zonas de riesgo, espacios marginales). Así, mientras el centro histórico es celebrado como patrimonio nacional, las periferias se asocian con caos urbano, perpetuando una dicotomía simbólica colonial (Silva, 2007).

La arquitectura en estos barrios, caracterizada por su flexibilidad y uso de materiales reciclados —ladrillos, láminas de zinc, madera—, refleja una economía de subsistencia y una capacidad de adaptación frente a la ausencia estatal. Estas viviendas, que suelen expandirse vertical u horizontalmente según las necesidades familiares, integran talleres, tiendas de barrio y espacios comunitarios improvisados, convirtiéndose en nodos de vida social y solidaridad vecinal (Vargas Sánchez *et al.*, 2020).

La mercantilización del suelo agrava esta exclusión. Proyectos como el TransMiCable en Ciudad Bolívar atraen inversión privada que eleva el valor del suelo, desplazando a los habitantes originales. Esta gentrificación periférica (Janoschka y Sequera, 2016) borra memorias locales e impone identidades comerciales ajenas. De este modo, historias de resistencia (como las invasiones en Altos de la Florida en los años ochenta) o de autogestión comunitaria quedan relegadas al olvido.

Las consecuencias de esta invisibilización son profundas. La exclusión del relato oficial fragmenta la memoria colectiva, generando un desarraigo cultural en nuevas generaciones que no encuentran referentes de su historia en los discursos públicos. Esta omisión refuerza desigualdades: la falta de infraestructura cultural en las periferias, como museos o bibliotecas, limita el acceso a recursos simbólicos, mientras proyectos comunitarios de memoria dependen de la autogestión o apoyos externos. Además, el riesgo de extinción de memorias es palpable: historias orales, fotografías familiares y documentos locales se pierden ante el desplazamiento, el deterioro físico o la muerte de líderes sociales.

La teoría urbana crítica (Harvey, 1985; Lefebvre, 2022) sostiene que el neoliberalismo transforma el espacio en una mercancía, subordinando su valor de uso al valor de cambio. En Bogotá, este proceso se evidencia en políticas que favorecen megaproyectos inmobiliarios sobre la preservación de barrios históricos. El Plan de Ordenamiento Territorial de 2000, por ejemplo, incentivó la densificación en zonas como Chapinero, desplazando a comunidades de bajos ingresos (Moncada, 2016).

Gentrificación y estratificación del espacio

La gentrificación patrimonial restaura edificios antiguos para atraer clases altas, erosionando tejidos sociales originales. En La Candelaria, casonas antes habitadas por familias tradicionales ahora albergan hostales y galerías, desplazando a sus residentes a las periferias.
El neoliberalismo urbano estratifica el espacio, con conjuntos residenciales cerrados que operan como enclaves fortificados (Caldeira, 2001), segregando clases altas, mientras los barrios populares carecen de servicios básicos. Esta división refleja y reproduce desigualdades históricas, fragmentando el patrimonio en narrativas paralelas (Han, 2012).

Frente a esta mercantilización, surgen prácticas de resistencia. Las ocupaciones culturales en edificios abandonados, como la Fábrica de Teatro El Parche Nacional, ubicado en la zona industrial de Fontibón, buscan recuperar espacios para usos comunitarios (Zibechi, 2008).

Las políticas patrimoniales en Bogotá tienden a privilegiar memorias asociadas a elites, marginando relatos de grupos subalternos. Por ejemplo, mientras las casas de próceres de la independencia son preservadas, las viviendas de líderes sociales asesinados en el conflicto armado carecen de reconocimiento. Esta jerarquía refleja lo que Todorov (2000) denomina abusos de la memoria: la instrumentalización del pasado para legitimar el poder.

Aunque la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, 2003) amplió el concepto de patrimonio para incluir tradiciones inmateriales, en Bogotá esta visión rara vez se aplica a espacios residenciales. Las tiendas de barrio, donde convergen comercio y vida doméstica, son un ejemplo: a pesar de que desaparecen frente a las cadenas comerciales, aún encarnan prácticas como el fiado o las tertulias vecinales, esenciales para la cohesión social (Páramo, 2017).

Resistencias comunitarias y prácticas decoloniales

Inspirado en la teoría decolonial (Quijano y Ennis, 2000), se propone un modelo de gestión basado en tres premisas: 1) descentralizar la autoridad patrimonial para dar protagonismo a comunidades en la identificación de BIC y definición de medidas de manejo; 2) reconocer memorias plurales, mediante la integración de voces y narrativas de inmigrantes, indígenas, afrodescendientes y comunidades LGBTIQ históricamente silenciadas; 3) priorizar usos comunitarios, desde la perspectiva de evitar la conversión de viviendas históricas en bienes de lujo.

Las teorías decoloniales emergen como una crítica radical a los legados del colonialismo en la producción de conocimiento y en las estructuras de poder. Aníbal Quijano (2000) introduce el concepto de colonialidad del poder, argumentando que la dominación colonial no solo fue un sistema político-económico, sino una matriz de control que permeó la cultura, la epistemología y la subjetividad. En el contexto del patrimonio urbano, esta perspectiva cuestiona la forma como las narrativas oficiales han sido construidas desde una visión eurocéntrica.

En el caso bogotano, la colonialidad se manifiesta en la jerarquización del patrimonio: las casonas coloniales y republicanas, asociadas a la elite criolla, son priorizadas como BIC, mientras que las viviendas populares y los barrios informales son excluidos de las políticas de preservación (Walsh, 2013). Este enfoque reproduce una geopolítica del conocimiento (Mignolo, 2000), donde ciertos espacios son valorados por su conexión con el poder hegemónico, en tanto que otros son invisibilizados. La teoría decolonial propone, entonces, desmontar estas jerarquías mediante la inclusión de epistemologías locales y prácticas comunitarias en la definición del patrimonio.

La aplicación de lentes decoloniales al patrimonio urbano implica reconocer las luchas por la memoria en espacios marginalizados. En Bogotá, barrios como San Cristóbal Sur, cuya fundación deriva de procesos de invasiones en los años setenta, representan un contrapunto a la narrativa oficial. Aquí, las viviendas autoconstruidas no solo albergan familias, sino que materializan historias de resistencia ante el desplazamiento forzado y la exclusión estatal (Naranjo, 2014), ejemplificando con ello lo que Catherine Walsh (2013) denomina prácticas decoloniales de existencia, es decir, acciones cotidianas que desafían la colonialidad mediante la reivindicación de espacios y memorias subalternas. Por ejemplo, los murales en las fachadas de

las viviendas de Ciudad Bolívar, que narran historias de violencia y resiliencia, funcionan como contranarrativas frente a la homogeneización del paisaje urbano.

En Ciudad de México, la tensión entre patrimonio y neoliberalismo urbano se manifiesta en barrios como Coyoacán y Roma. Mientras las casonas porfirianas de la colonia Roma son restauradas para albergar cafés, boutiques y galerías, las comunidades originarias son desplazadas hacia la periferia (Hiernaux, 2008). Este fenómeno, similar a la gentrificación en La Candelaria, refleja una dinámica regional donde el patrimonio se convierte en un instrumento de exclusión.

Sin embargo, colectivos como el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, en Xochimilco, han logrado preservar chinampas y viviendas tradicionales mediante la resistencia legal y cultural, demostrando de qué manera la participación comunitaria puede contrarrestar la mercantilización del patrimonio.

Lima ofrece por su parte un contraste al priorizar su centro histórico colonial como patrimonio Unesco, mientras ignora los pueblos jóvenes (barrios informales) que albergan a migrantes andinos. Las casonas limeñas, convertidas en bancos y hoteles, son símbolo de una memoria elitista, mientras que las viviendas autoconstruidas en Chorrillos encarnan luchas por vivienda digna (Riofrío, 2004). A diferencia de Bogotá, donde algunos barrios informales han logrado cierta visibilidad, en Lima persiste una brecha entre el patrimonio oficial y las realidades populares.

Estos casos evidencian que la preservación del patrimonio en Latinoamérica requiere la conversación entre diferentes movimientos sociales, pensando en compartir estrategias entre ciudades para enfrentar desafíos comunes como la gentrificación. Este abordaje puede ayudar a fortalecer el desarrollo de las ciudades desde enfoques situados que permitan adaptar las políticas a contextos locales, reconociendo que no existe un modelo único de preservación. Lo anterior permite pensar en una verdadera integración de lo popular y lo cotidiano para valorar arquitecturas no canónicas, como las viviendas informales, como parte del patrimonio vivo.

Propuestas para una política patrimonial inclusiva

El IDPC ha avanzado en la catalogación de BIC como el Cementerio Central y algunos teatros históricos; no obstante, su enfoque sigue privilegiando lo monumental sobre lo cotidiano. Por ejemplo, mientras destina recursos para restaurar igles ias coloniales, ignora las

tiendas de barrio y viviendas autoconstruidas que son vitales para la memoria popular (Vargas Sánchez *et al.*, 2020).

Proyectos como la revitalización de la plaza de mercado de Paloquemao han convertido espacios tradicionales en focos de turismo, desplazando a vendedores informales (García y Módenes, 2018). Esta dinámica refleja una contradicción: mientras el IDPC promueve la apropiación ciudadana, sus acciones suelen beneficiar a actores privados.

Para transformar su rol, instituciones como estas podrían crear mesas de participación plurales que busquen incluir colectivos barriales, académicos críticos y representantes de grupos étnicos en la toma de decisiones y en la formulación de Planes Especiales de Manejo y Protección con una mayor participación comunitaria.

Esta propuesta implica criterios de valoración flexibles, por tanto, establece como principio el reconocimiento lineal de que el patrimonio no se limita a la antigüedad o el estilo arquitectónico, sino que son las mismas comunidades quienes asignan valor patrimonial a los bienes. Ello podría verse reforzado por medio de un nuevo modelo de fiscalización del uso de los BIC orientado a evitar que su declaratoria impulse alzas monumentales en el valor del suelo que desplacen a residentes y que pueda asegurarse la supervivencia de las economías barriales.

A un nivel más global, la Unesco ha desempeñado un papel central en la definición general de lo que se considera patrimonio. A través de la Convención del Patrimonio Mundial de 1972 se establecieron criterios que privilegian la excepcionalidad universal de monumentos y sitios históricos, relegando a un segundo plano las prácticas cotidianas y las arquitecturas no canónicas (Labadi, 2012). En Bogotá, esta influencia se evidencia en la priorización de sitios como el centro histórico de La Candelaria, inscrito en la Lista Indicativa de Colombia para su posible declaratoria como Patrimonio Mundial.

Sin embargo, este enfoque ha sido criticado por reproducir una visión eurocéntrica del patrimonio. Como señala Winter (2012), los criterios de la Unesco suelen valorar la monumentalidad y la autenticidad estética, ignorando las dinámicas sociales que dan vida a los espacios. En Bogotá, esto se traduce en una paradoja: mientras las casonas coloniales son preservadas como joyas arquitectónicas, las viviendas populares de barrios como San Cristóbal o Usme, que encarnan memorias de resistencia y adaptación, carecen de reconocimiento internacional.

El BID, como principal financiador de proyectos urbanos en América Latina, ha promovido una agenda que vincula el patrimonio con el desarrollo económico. Programas como Ciudades Emergentes y

Sostenibles han incentivado la rehabilitación de centros históricos bajo la lógica del turismo y la inversión privada (BID, 2016). En Bogotá, esto se materializó en proyectos como la renovación del eje ambiental de la avenida Jiménez, donde la recuperación de espacios públicos vino acompañada del desplazamiento de vendedores informales y habitantes de bajos ingresos (Jaramillo, 2006).

Esta dinámica refleja lo que Peck y Tickell (2020) denominan neoliberalismo realmente existente, el cual se expresa en políticas que, bajo el discurso de la sostenibilidad, priorizan la rentabilidad sobre la inclusión social. El caso del Plan Centro de Bogotá, financiado parcialmente por el BID, ilustra cómo la revitalización de áreas históricas suele beneficiar a elites económicas, mientras las comunidades tradicionales son relegadas a la periferia.

El urbanismo crítico, inspirado en las teorías de Henri Lefebvre (2022) y David Harvey (1985), plantea una redefinición radical del espacio urbano como bien común. En lugar de priorizar la rentabilidad, propone modelos que integren principios básicos como el derecho a la ciudad, que busca garantizar que todos los habitantes participen en la producción y disfrute del espacio (Lefebvre, 2022), la justicia espacial, que pretende distribuir equitativamente los recursos y reconocer las memorias de grupos marginados (Soja, 2011), y la llamada sostenibilidad social, que propone priorizar usos comunitarios sobre proyectos inmobiliarios especulativos.

En Bogotá, esto implicaría transformar las políticas para que, en lugar de enfocarse en la restauración de fachadas, promuevan la preservación de prácticas sociales asociadas a las viviendas, como las tertulias en tiendas de barrio o las asambleas vecinales en conjuntos residenciales populares.

Los barrios informales, históricamente estigmatizados como no patrimoniales, son depositarios de memorias de resistencia y creatividad. Teóricos argumentan que la urbanización popular debe ser reconocida como una forma legítima de producción del espacio. En Bogotá, barrios como Jerusalén, producto de luchas por la vivienda en los años ochenta, representan arquitecturas adaptativas que desafían las normas urbanísticas tradicionales (Gilbert, 1994).

Por tanto, valdría la pena analizar si es posible adelantar una catalogación de barrios informales en la ciudad como BIC para reconocer su valor histórico y cultural, como se ha hecho en Medellín en la comuna 13, como forma de redundar en la formulación de programas de mejora sin desplazamiento, para evitar la proliferación de fenómenos sociales como la gentrificación. Finalmente, pensando

en dar mayor protagonismo a las comunidades sería fundamental promover procesos de documentación participativa de memorias, lo cual significa apoyar iniciativas comunitarias que registren historias orales y prácticas culturales.

En Colombia, el conflicto armado ha dejado cicatrices profundas en el espacio urbano. La teoría de la justicia memorial (Brett *et al.*, 2007) propone que el patrimonio debe incluir sitios que conmemoren a víctimas y resistencias. En Bogotá, propuestas como las del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación son insuficientes, si no se integran a las viviendas y barrios donde ocurrieron masacres o desplazamientos.

Un ejemplo inspirador es el Parque Monumento de Trujillo (Valle del Cauca), donde la comunidad transformó un sitio de violencia en un espacio de duelo colectivo. Aplicar esta lógica en Bogotá implicaría, por ejemplo, declarar BIC a viviendas que albergaron a líderes sociales asesinados, convirtiéndolas en centros de educación y resistencia.

Estas iniciativas coinciden con los principios de la investigación acción participativa (Fals Borda, 2015), que apuntan a que comunidades marginadas redefinan el patrimonio mediante asambleas barriales y cartografías sociales (Rappaport, 2020). Ejemplos como el Museo de la Ciudad Autoconstruida en Ciudad Bolívar demuestran cómo la gestión descentralizada revitaliza memorias sin caer en la folklorización.

Esta discusión evidencia que las viviendas en Bogotá no son meras estructuras físicas, sino entidades dinámicas que encarnan memorias sociales, conflictos históricos y resistencias culturales. Para diseñar una política patrimonial efectiva, es necesario integrar las dimensiones teóricas analizadas —desde la crítica decolonial hasta el urbanismo crítico— en un marco práctico que priorice la equidad y la participación.

Por tanto, se propone el reconocimiento de la pluralidad de memorias, y en ese sentido, una institución como el IDPC debería ampliar sus criterios de declaratoria BIC a nivel territorial para incluir bienes como las viviendas autoconstruidas, tomando como referencia barrios en Ciudad Bolívar o Sumapaz, donde la arquitectura informal refleja estrategias de supervivencia y adaptación. Adicionalmente, es posible pensar en espacios híbridos para reconocer que las tiendas de barrio, talleres familiares y viviendas-comercio, que funcionan como nodos de socialización interclases, son espacios que fortalecen el tejido social de la ciudad. Este enfoque implica adoptar una definición

de patrimonio que, siguiendo a Byrne (2008), reconozca el valor de las prácticas cotidianas sobre la monumentalidad.

En suma, el llamado de este texto es a comprender que el patrimonio no puede gestionarse de forma aislada, sino que debe integrarse en políticas más amplias de planeación urbana que aborden fenómenos como la movilidad sostenible para reducir la presión especulativa en zonas históricas mediante la descentralización de servicios y empleos. También se deben fortalecer las garantías para contar con vivienda digna, de modo que la preservación del patrimonio no contradiga el derecho a la ciudad, evitando desplazamientos forzados por la especulación de la tierra. Esto tendría que promoverse a través de campañas educativas que vinculen el patrimonio con la identidad bogotana, destacando su diversidad étnica y social.

Conclusiones

Este artículo expone el modo en que las viviendas en Bogotá, en su potencial condición de BIC, son espacios donde se materializan memorias sociales en constante conflicto. Desde las casonas coloniales de La Candelaria hasta los barrios informales de la periferia, estas estructuras encapsulan narrativas de poder, resistencia y adaptación. Sin embargo, su preservación enfrenta desafíos sin precedentes debido a la mercantilización neoliberal, la gentrificación y la exclusión de memorias subalternas.

Se buscar aportar entonces una perspectiva interdisciplinaria que vincula los estudios de memoria con la teoría urbana crítica, ofreciendo herramientas conceptuales para descolonizar el patrimonio mediante el cuestionamiento de las jerarquías epistémicas que privilegian lo monumental sobre lo cotidiano. Se partió de analizar críticamente las políticas internacionales, buscando exponer el modo en que organismos como la Unesco y el BID reproducen dinámicas de exclusión, para desde ahí proponer modelos alternativos de gestión patrimonial basados en la justicia espacial, la participación comunitaria y la sostenibilidad social.

La prospectiva del patrimonio en Bogotá dependerá de su capacidad para integrar tecnología y tradición: herramientas como los sistemas de información geográfica pueden mapear memorias locales sin desvirtuar su carácter comunitario (Avellaneda y Lozano, 2025), en tanto que las políticas implementadas para la gestión del patrimonio cultural a nivel territorial deben priorizar usos colectivos sobre intereses inmobiliarios. Esto en coherencia con el principio de que la

participación ciudadana no es un complemento, sino el núcleo de un patrimonio verdaderamente democrático.

Lo anterior requiere además ser consecuente con un contexto global que debe enfrentar el cambio climático y, por tanto, debe adaptar las políticas patrimoniales a riesgos ambientales como, inundaciones o deslizamientos en barrios informales, a fin de proteger no solo los bienes patrimoniales, sino también la vida de las personas que, por dinámicas de exclusión, pero también de ejercicio de agencias propias, se encuentran en lugares que aumentan su vulnerabilidad en tanto que privilegian la producción de capital sobre el bienestar.

En última instancia, redefinir el patrimonio como un proceso colectivo y dinámico permitirá a Bogotá preservar no solo sus edificios, sino las historias vivas de quienes los habitan.

Referencias

Avellaneda, D., y Lozano, J. (15 de marzo de 2025). *Del museo a la comunidad: Estrategias para fortalecer la identidad y la memoria en el Museo Bolivariano de Soledad, Atlántico*. Editorial Universidad del Rosario.

Bahntje, M., Biadiu, L., y Lischinsky, S. (2007). Despertadores de la memoria. Los objetos como soportes de la memoria. *II Jornadas de Humanidades. Historia del Arte*. Representación y Soporte, octubre de 2007, Bahía Blanca, Argentina.

BID. (2016). *Guía Metodológica Programa de Ciudades Emergentes y Sostenibles* (Tercera edición). BID.

Brett, S., Bickford, L., Sevenko, L., y Rios, M. (2007). *Memorialization and Democracy: State Policy and Civic Action*. Routledge.

Byrne, D. (2008). Heritage as Social Action. En G. J. Fairclough, R. Harrison, J. H. Jameson, y J. Schofield (Eds.), *The Heritage Reader* (pp. 149-173). Routledge.

Caldeira, T. (2001). *City of Walls: Crime, Segregation, and Citizenship in São Paulo*. University of California Press.

Davis, M. (2006). P*laneta de ciudades miseria*. Verso.

Fajardo, D. (2002). *Tierra, poder politico y reformas agrarias y rural*. ILSA.

Fals Borda, O. (2015). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Siglo XXI.

García, D., y Módenes, J. (2018). Transiciones demográficas, nuevas formas residenciales y segregación social: transformaciones recientes del espacio urbano de Bogotá. *Notas de Población*, *45*(106), 217-250.

Gilbert, A. (1994). The Latin American City. Practical Action Publishing.

Gutiérrez, M. L. (2008). *Las familias en Bogotá. Realidades y diversidad*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Harvey, D. (1985). *The urbanization of capital*. Basil Blackwell.

Hiernaux, D. (2008). De los imaginarios a las prácticas urbanas: construyendo la ciudad de mañana. Iztapalapa: *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (64-64), 17-38.

Huyssen, A. (2002). *En busca del futuro perdido: Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Fondo de Cultura Economica.

Janoschka, M., y Sequera, J. (2016). Gentrificación en América Latina: Contradicciones y desafíos. *Revista INVI*, 19-57.

Jaramillo, S. (2006). Reflexiones sobre las políticas de recuperación del centro (y del centro historico) de Bogotá. *Documento CEDE*, (40), 3-40.

Krippendorff , K. (2018). *Content analysis: An introduction to its methodology*. Sage Research Methods.

Labadi, S. (2012). *UNESCO, Cultural Heritage, and Outstanding Universal Value*. Alta Mira Press.

Lefebvre, H. (2022). *La producción del espacio*. Entrelineas.

Lowenthal, D. (2015). *The past is a foreign country–revisited*. Cambridge University Press.

Mignolo, W. (2000). *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princenton University Press.

Moncada, E. (2016). *Cities, Business, and the Politics of Urban Violence in Latin America*. Stanford University Press.

Naranjo, M. E. (2014). Provivienda: protagonista de la colonización popular en Colombia. *Historia y Memoria*, (9), 89-118.

Nora, P. (2008). *Los lugares de la memoria*. Trilce.

Páramo, P. (2017). *Sociolugares públicos*. Editorial Universidad Pedagogica Nacional.

Peck, J., y Tickell, A. (2020). Neoliberalizing space. *Antipode*, *34*(3), 380-404.

Quijano, A. (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. Centro de Investigaciones Sociales.

Quijano, A., y Ennis, M. (200). Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America. En A. Moreiras, G. Nouzeilles & W. Mignolo, *Nepantla: Views from South* (pp. 553-580). Duke University Press.

Rappaport, J. (2020). *Cowards Don't Make History: The Life and Times of Orlando Fals Borda*. Duke University Press.

Riofrío, G. (2004). Pobreza y desarrollo urbano en el Perú. En VV. AA., *Perú Hoy: las ciudades en el Perú* (pp. 71-112). DESCO.

Rodríguez, P. (2004). *La familia en Iberoamérica 1550-1980*. Universidad Externado de Colombia.

Silva, A. (2007). *Imaginarios urbanos en América Latina: urbanismos ciuadanos*. Fundació Antoni Tápies.

Smith, L. (2006). *Uses of Heritage*. Routledge.

Soja, E. (2011). *Seeking Spatial Justice*. Minnesotta University Press.

Todorov , T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidos Asterisco.

UNESCO. (2003). *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*. UNESCO.

Uribe, P. I. (2014). Conformación y particularidades de un grupo de familias nucleares de la ciudad de Bogotá. *Trabajo Social*, (17), 77-92.

Vargas Sánchez, H. R., Gómez, S. L., & Alvarado, Á. (2020). *Historia entre-tiendas*. El Deambulante.

Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*. Editorial Abya - Yala.

Winter, T. (2012). Beyond Eurocentrism? Heritage Conservation and the Politics of Difference. En *IJHS, International Journal of Heritage Studies* (pp. 23–137). IJHS.

Zibechi, R. (2008). *América Latina: periferias urbanas, territorios en resistencia*. Desde Abajo.

Cómo citar: Vargas Sánchez, H. R. (2024). Patrimonio cultural y vivienda: una propuesta desde los estudios sociales de la memoria. *Humanitas Hodie*, *7*(2), H72a5. https://doi.org/10.28970/ hh.2024.2.a5